

**CENTENARIO DEL NACIMIENTO Y 40º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL
P. ABAD AURELI M. ESCARRÉ
MARTES 29º DEL TIEMPO ORDINARIO (II)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
21 de octubre de 2008
Lc 12, 35-38**

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio que acabamos de escuchar es una invitación a la vigilancia, a estar atentos esperando el retorno del Señor. No se trata, sin embargo, de una espera pasiva, como la de las salas de un aeropuerto o de una estación. La manera como la presenta Jesús, nos hace entender que tiene que ser una espera activa, por eso habla de estar *aguardando, la cintura ceñida y encendidas las lámparas*. Es decir, de no estar adormecidos, de ser conscientes de lo que vivimos a cada momento y de estar bien disponibles para hacer camino, para trabajar -o, mejor dicho, de trabajarse interiormente y hacer el bien. Así tenemos que esperar el retorno del Señor, cuando venga a buscarnos después de la *fiesta de bodas* inaugurada en la Pascua. Mientras vivimos en esta vida, pues, le tenemos que esperar cada día con una actitud espiritual de atención a lo que vivimos y de servicio a los otros, iluminados siempre por la palabra del Evangelio, así estaremos *aguardando* para abrirle enseguida cuando el Señor llame a nuestra puerta. No es una invitación al miedo, sino a la espera jubilosa de que él, que es el Señor -fijaos bien en el contraste-- nos hará sentar a la mesa del Reino y *nos ira sirviendo personalmente, uno a uno*. Vale la pena vivir responsablemente y darse en favor de los otros porque así podemos vivir con alegría ya en esta vida y predisponernos para vivir la alegría para siempre.

Tenemos un ejemplo, de esta actitud de responsabilidad y de coherencia que llevan a la vigilancia evangélica, en Santa María, Madre de Dios, de la cual hacemos memoria en esta eucaristía. Ella iluminada por la Palabra divina, lo vivía toda desde Dios y unida a Dios. Tomándola como modelo de vida, los monjes, en la escuela de san Benito, aprendemos a vivir esta actitud de vigilancia a la cual nos invita el evangelio de hoy. Según una afirmación antigua, el monje tiene que ser un custodio, un vigilante (un "néptic"). En este sentido, su vida tendría que ser una parábola para sus hermanos en la fe y para todas las personas que entran en contacto con él. La actitud de vigilancia, de atención a los actos de la propia vida (cf. RB 4, 48), sin embargo, no le tiene que cerrar en él mismo, sino que le exige la apertura a los otros, a los hermanos de comunidad, a los que se acercan a los monasterios y a todo lo que viven y sufren sus hermanos de humanidad.

Es bueno recordar esto en la celebración, este año, del centenario del nacimiento del P. Abad Aureli M. Escarré y en el cuadragésimo aniversario de su muerte. Amó Montserrat, y por eso vivió y trabajó "propter domum Domni", por la casa del Señor, como decía su lema abacial. Con una personalidad rica y compleja, procuró durante su abadiado entusiasmar a los monjes por la persona de Jesucristo y por una vida centrada en el Evangelio en la escuela de san Benito, vivida, por lo tanto, en la vigilancia y en el trabajo espiritual, dentro de la gran tradición benedictina. Una tradición que sabe ver en la Regla una guía para vivir la fidelidad a la opción monástica radical de acuerdo con cada tiempo histórico y un estímulo para toda la proyección exterior del monasterio.

En esta línea, el P. Abad Aureli, mientras dignificaba los edificios monásticos y renovaba la casa de Dios que es esta basílica, quería construir una comunidad cohesionada -una casa de Dios espiritual--, e impulsaba a los monjes a adquirir una madurez humana y cristiana que les capacitara para dar razón personalmente de su fe

en una sociedad y en una Iglesia que iniciaban un proceso de cambios profundos; por eso puso un cuidado especial en la formación universitaria de los monjes jóvenes. En continuidad con la obra del P. Abad Marcet y ampliando el alcance, quiso que Montserrat fuera, además de un foco de fe y de oración, un lugar de cultura abierto a las nuevas corrientes de pensamiento y de expresión artística. Lo quería como servicio a la Iglesia y al pueblo catalán; de aquí su frase repetida a menudo: "Montserrat es vuestro" para significar la misión de acogida y de servicio que tiene nuestro monasterio en el ámbito eclesial y en el ámbito de la sociedad.

La casa del Señor en Montserrat es, desde los inicios, igualmente casa de la Madre de Dios. El Abad Aureli hizo de Montserrat un centro de liturgia ejemplar que fuera alimento sólido de la vida espiritual de los monjes y de los peregrinos así como un santuario mariano que favoreciera una piedad popular vigorosa, arraigada en la Palabra de Dios. El exponente más notorio fue la entronización de la Sagrada Imagen el año 1947; que constituyó no solamente la expresión de una gran devoción por parte del pueblo cristiano en nuestro país, sino también el inicio de una esperanza de renovación de la identidad cultural e histórica de Cataluña en la noche de la posguerra. El P. Abad Aureli quería que Santa María de Montserrat -que siempre sonríe, tal como le gustaba remarcar-- conservara y aumentara," al pie de su altar, la unidad de todos: unidad -son todavía palabras suyas-- dentro de la diversidad que Dios ha puesto en los hombres ", vivida en "la libertad que es respeto mutuo, colaboración y justicia (cf. *Montserrat es vuestro*, p.52.72).

En la evolución que hubo durante los años de su abadiado, fue tomando cada vez más un fuerte compromiso público en favor de los derechos humanos y de los de Cataluña en los tiempos de dictadura que se vivían. Quiso que Montserrat fuera un lugar donde, por encima de intereses de grupos, se afirmaran los valores del espíritu; una casa abierta a todo el mundo que trabajara por causas justas y democráticas, un cobijo para los que se afanaban por mantener la identidad de nuestro pueblo. Todo eso no podía dejar de traerle dificultades y conflictos con las autoridades de aquel momento. Por otra parte, al final de su abadiado se encontró con la crisis de ideas y actitudes que se vivía de una manera polarizada tanto en la Iglesia entorno al concilio Vaticano II como en el mundo de aquellos años, y de las cuales el monasterio no quedó exento. Fueron momentos muy dolorosos, en los cuales tuvo que alejarse de Montserrat, una ausencia que duró hasta su muerte.

Su actuación, marcada por momentos muy diversos, fue, también, marcada, evidentemente, por las características de su personalidad y por las limitaciones humanas. Pero no es ahora el momento de las valoraciones históricas globales sino de agradecer lo que el P. Abad Aureli hizo, por don de Dios, en favor de Montserrat, de la Iglesia y del pueblo catalán. Él es uno de los creadores del Montserrat moderno más notables, y dejó una huella que todavía perdura. Ahora, en el año centenario de su nacimiento y en el día del cuadragésimo aniversario de su muerte, lo recordamos con la confianza que Dios, en su amor, lo habrá sentado *a la mesa* definitiva de la Jerusalén celestial, y le habrá servido con la plena configuración con Jesucristo en la alegría eterna.

Nosotros *esperamos* que vuelva al Señor a buscarnos *uno a uno*, por eso tenemos que velar *ceñida la cintura y encendidas las lámparas*, con la fe y la práctica de las buenas obras (cf. RB, Prólogo, 21), para poder sentarnos, también, *a la mesa* del Reino. Mientras, anticipadamente nos es ofrecida la mesa de la Eucaristía. El Señor mismo nos sirve el alimento espiritual para que seamos capaces de velar con una esperanza activa, comprometida y jubilosa.